SANGRE CON ÓXIDO

Tobias Raul Corsarco Gómez

Capítulo 1

En el exterior de algún pueblo en Yucatán. En los montes con muerte sembrada. Una mañana gris como todas.

Un chico camina carente de prisas entre una tierra quemada, con pocas probabilidades de experimentar crecimiento algún día. Los pies del chico, guardados en botas raídas, sucias y oscuras quiebran palitos y hacen crujir tierra que llora. El chico lleva un pantalón de mezclilla roto y una camisa de mestizo ajada, con manchones marrones y negros. Se puede lucir entre la pálida y grisácea mañana que presagia melancolía su piel oscura, autóctona. Apenas tiene quince años, y podrías pensar que ya es todo un hombre hecho, derecho, formado. Es un hombre hecho, derecho, pero formado con una gracia retorcida.

Levanta la vista para mirar las infelices nubes y en el rostro que debería de tener una boca común y corriente, una selladura de carne, carente de un orificio, se extiende bajo su nariz pequeña. Quien lo mire desde el perfil derecho pensará que ha nacido sin boca, pero quien lo mire desde el perfil izquierdo podrá vomitar sin mayores problemas al ver un orificio que apenas se puede describir como circunferencia. Posee una mala imitación de una boca que podría pertenecerle a un pez monstruoso, torcida, que le brinda una pésima simetría a la cara de un joven que no estaría mal describir como atractivo, sobre todo teniendo en cuenta los demás machos del mundo en el que vive, que han experimentado casos suficientemente graves para preferir tirarse al lago más profundo con una roca atada a los pies. La boca apenas se abre y apenas se cierra, y presume a quien sea que mire miserables dientes puntiagudos que tratan de asemejar lo que pudo haber sido una dentadura humana. Uno puede querer pensar en un vampiro deforme e imaginarse el problema de que debe ser llevarse algo sólido a la boca.

¿Acaso será un problema? Aunque así sea, adaptarse es la clave. Quince años. Más le vale haberlo hecho.

El muchacho sigue caminando. Responde al nombre de Elías. Lleva un rifle winchester entre sus manos, una herramienta preciosa y adorada, con manchas de sangre y rasguños no contables vistiéndola. En su espalda hay un machete de mango naranja, opaco. Lo lleva en una funda. No lleva sombrero. Está semana no ha sido necesario.

Ha comenzado a avanzar más todavía. Su figura está expuesta entre tierra maldita por siempre y plantas secas, delgadas y míseras. El follaje de los árboles abandono su lugar desde hacía mucho, obligando a las ramas quebradizas a lucir desnudas ante la mirada de terceros que no lucían mejores que ellas. Un viento venenoso sopla, y Elías respira sin temor ante un veneno que su cuerpo ha aprendido a procesar. El rifle está

en alto y su mirada trata de buscar una presa. La necesita. Ojos abiertos. Piernas listas para girar en cualquier dirección.

Podría estar pensando que es un buen día para cazar, aun con la ausencia de sol. Podría considerar que lo animales buscarán el fresco ponzoñoso del día nublado. ¿O quizá pensará que hoy es un mal día? Para la caza ya no hay malos días. Y si es malo, le convenía volverlo uno bueno.

Sigue caminando. La nada se extiende. Sus ojos divisan algo, no muy lejos. Las pupilas se expanden, lucen felices, pues han encontrado algo que les encanta. Ahora, Elías prefiere moverse más lento.

Un perro con poco pelo y cuyos ojos no existen, dejando dos oricios limpios, secos y vacíos en su cráneo, pasea a unos pocos metros de Elías. El animal olfatea sin cesar. No parece extraño de ninguna manera, y menos considerando su situación. Elías podría pensar: pobre animal. Aunque es poco probable. Quizá hasta imposible que tal cosa se le llegue a cruzar por la cabeza.

Parecerá raro en otros tiempos y parecería raro en tiempos pasados, pero Elías tiene una erección escondida en el pantalón. Vibra un bulto de más de trece centímetros en medio de esa mezclilla ajada.

Elías no lo piensa. Mira al perro ciego olfateando. El perro no ve que él rifle lo mira, lo ve que el rifle lo apunta, ni que el gatillo desea dispararle. Elías se desabrocha el pantalón y se saca el pene, lo cual es fácil ya que no lleva ropa interior. El rifle ha pasado a ser un nuevo miembro de su cuerpo, tan útil y fácil de manejar como un brazo o una pierna. El perro olfatea y no mira, no siente, ignora, y parece que su destino se decide ahora. Acaso, ¿es intención de Elías comérselo? No exactamente, a lo mejor.

El rifle está recto, se sostiene en alto. Los codos de Elías están flexionados y el cañón excitado. Los ojos en perfecto estado de Elías se han incrustado en la esencia del animal invidente. El gatillo es presionado.

El fuego y plomo salen escupidos de la boca de metal. Un proyectil de plomo hace añicos el aire envenenado y las morusas de polvo microscópico volando libres, y el perro, dejando de olfatear, siente como una de sus patas traseras se vuelve hueso expuesto, manando sangre de venas reventadas que corren a través de una mitad de pata que ahora y por siempre será inútil.

La acústica es perfecta y se pueden escuchar perfectamente los alaridos de dolor del pobre animal que trata de comprender a qué se debe semejante dolor. Chillidos agudos, chillidos hirientes. Si uno trata de

buscar misericordia, aquí no va a encontrarla.

Elías corre hasta el perro, lo tira al suelo, y clava su pene en el ano del animal. Éste sólo sigue chillando, y ahora tratará de entender que ocurre y por qué ahora su recto se dilata y expande acorde al tamaño de un objeto que no parece encajar correctamente ahí sino es por la fuerza. Importará poco eso, pues debe ser peor la pata destrozada.

Elías viola al animal, metiendo y sacando su falo. Con una mano, le retiene la cabeza contra el suelo, mientras el animal sigue chillando, y no va a detenerse por un buen rato mientras viva. El pene entra y sale, entra y sale. Elías mira al cielo, y no hay un alma que contemplar en sus ojos. ¿Esto lo vuelve un mal tipo? Hoy en día, parece ambiguo. Entra en éxtasis y siente el inevitable fluir del semen saliendo. No ha llegado, pero no le falta mucho.

¿El llanto del animal lo excita? Pudiera ser. Y de no hacerlo, al menos parece no molestarle.

Finalmente, eyacula. El ano del perro rebosa de semen. No deja de llorar. Elías lo contempla, sin placer, sólo lo contempla. Se guarda el miembro y toma su rifle. Apunta los sesos del perro y dispara, dejando que el suelo se alimente con la sangre y materia de un ser vivo quizá inocente y que no lo merecía. Elías parece no considerar eso, ¿el animal lo merecía? Pudiera ser que no, ¿importa ahora? De ser ese el caso, ¿a quién? Elías estaba satisfecho, era sí que importaba. ¿Es un mal tipo? No pareció percatarse de que un venado de la nueva era lo contemplaba.

Un cuadrúpedo con cuernos en la cabeza y en la espalda lo miraba a pocos metros de distancia, quizá el único testigo de aquel acto de lascivia por parte de Elías. No se cohíbe, no tiene por qué. Vuelve a sostener el rifle. El venado moderno le sostiene la mirada y tamborilea con sus pezuñas descarnadas el suelo muerto bajo ellas. El rifle han tiene que vomitar plomo, y Elías todavía no ha terminado su trabajo. El arma posee un ángulo recto nuevamente y Elías dispara. La nuca del venado escupe sangre oscura, y apenas le da tiempo para responder con un alarido y caer al suelo, sin vida.

Elías se aproxima corriendo. Saca su machete putrefacto de óxido en toda la hoja apenas afilada, una hoja llena de manchones cafés y opaca ante cualquier luz. El cielo la contempla en alto y desciende sobre la cabeza del venado; Elías es tan certero como puede. Levanta el machete y golpea con fuerza, mientras la sangre mezclada con óxido le salpica la cara y se expande por el suelo, formando un grotesco charco que pareciera una laguna que te transporta a un mundo de eterna negrura.

Capítulo 2

El mismo exterior. Los mismos montes impregnados de infortunio. Un mediodía que brinda exactamente lo mismo.

Sigue tan escondido que parece muerto; la luz diurna es decepcionante, casi negra. El viento es un viajero sin alma, un testigo imparcial que camina a paso agigantado. Elías viaja entre la planicie amarillenta y seca, topándose con unos cuantos árboles, mientras arrastra el cadáver del venado con ayuda de un cordel, y la cabeza destazada se mese con rudeza sobre una bolsa de tela que nunca ha experimentado la mezcla de agua y jabón que lleva una gigantesca mancha negra.

Elías mira a sus alrededores; sostiene el rifle con la mano derecha al afrontar al viento transeúnte en un lento andar. Su cabeza está en alto, ninguno de sus ojos ha parpadeado en un rato, fijos en su trayecto. Siente frío, apenas un abrazo helado, no se inmuta y sigue andando, erguido, con la espalda recta.

Carroñeros de una personalidad putrefacta y hedionda que se transmite en cuerpos rodeados de llagas y ronchas enrojecidas, apenas vestidos con jirones de tela de lo que alguna vez fue ropa, se entretienen un rato con las vísceras humeantes de un homónimo. El torso no puede verse como algo simplemente abierto, pues ha perdido cualquier propiedad reconocible, y ya no es más que un tazón de tripas y huesos expuestos. Carroñeros, son cuatro, cada uno muerde cierta cantidad de centímetros de intestino en sus dientes poco afilados sin alineación. Un soplido del día, las ramitas quebradas bajo las botas y los chupeteos que arrancan a mordidas la viscosidad de aquel bastardeado interior se mezclan entre la melodía de un día tan normal como otros.

Elías mira a los carroñeros, y a estas alturas sabe que lo han visto, y es probable que no espere más de un tipo de escenario ahora. Seres así no son ajenos a su entorno, y no está asustado. Los ojos carroñeros observan aquella bonita presa, y al venado siendo arrastrado. Las miradas se cruzan y todos han visto más de un posible escenario. Elías pasa junto a ellos, apenas un metro los separa, y si hay una cosa que los carroñeros no parecen ser es tontos, nadie los culparía, pues apenas llevan cuchillos entre las manos, mientras que Elías ha colocado su dedo en el gatillo de su rifle y empuña el machete con la otra mano.

Nadie hace nada. Los carroñeros lo observan, pero prefieren seguir consumiendo a su presa ya servida. No hacen nada. Elías sigue caminando. Nadie hace nada.